



La arquitectura de las misiones de Alta California. Una herramienta al servicio del control productivo y espiritual¹

Margarita Novo-Malvárez²

Recibido: 10 de diciembre de 2020 / Aceptado: 31 de marzo de 2021

Resumen. Las veintiuna misiones de Alta California constituyeron el primer ensayo de convivencia entre españoles e indígenas en este territorio. Su presencia contribuyó a la aparición de un nuevo orden arquitectónico y desencadenó un importante cambio social. El objetivo de este trabajo es analizar los elementos más significativos que caracterizan a esta arquitectura y que, en mayor medida, inciden en su valor como herramienta de evangelización y control de la población indígena. Apoyada en numerosa bibliografía y fuentes documentales, la metodología se ha centrado en el análisis de planos, pinturas y fotografías de distintas épocas, unido al trabajo de campo desarrollado en algunas misiones.

Entre los resultados, destacamos la idea de que la actividad religiosa y productiva determinó el diseño de las misiones, priorizando, por un lado, el bienestar de los religiosos sobre el de los nativos y, por el otro, el uso de espacios interiores frente a los exteriores. La secularización de 1833 paralizó su actividad y las sumió en un deterioro que se alargó hasta el inicio de las restauraciones en el siglo XX. En la actualidad, se han convertido en iconos turístico-culturales frecuentados por turistas y estudiantes que interpretan la historia temprana del Estado definida por la colonización.

Palabras clave: Alta California; misiones franciscanas; arquitectura misionera; monjeríos; colonialismo.

[en] The architecture of Upper California's missions. A tool in production and spiritual control

Abstract. The twenty-one missions in Upper California were the first test of shared community life by Spaniards and the native population there. The presence of these missions contributed to the emergence of new types of architecture and to big social changes. The purpose of this paper is to analyse some important features of this architecture that largely influenced the latter's role as a tool in evangelization and in controlling the native population. The methodology that was used, supported by an extensive bibliography and documentary sources, consisted of an analysis of plans, paintings and photographs from different eras, combined with fieldwork at some missions.

Among other results, we highlight the idea that the missions' design was determined by religious and production activities, giving priority, on the one hand, to the religious community's wellbeing over that of the native population and, on the other, to the use of inner areas as opposed to outer ones. Secularization, in 1833, led to a halt in the missions' activities, plunging them into a state of neglect which persisted through to the beginning of restoration work in the 20th century. These missions are

¹ Este artículo se integra en el plan de investigación en curso, correspondiente al proyecto PID2019-110231GB-I00: "Estudio diagnóstico comparado entre la conservación del patrimonio artístico religioso y sus modelos de gestión en las islas de Mallorca y Menorca". Programa Estatal de Generación de Conocimiento y Fortalecimiento Científico y Tecnológico del sistema de I+D+I. Ministerio de Ciencia Innovación y Universidades.

² Universitat de les Illes Balears (España)
E-mail: m.novo@uib.es
<https://orcid.org/0000-0001-8372-8088>

now tourist and cultural attractions, visited by tourists and students who interpret the early history of a state characterized by its colonization.

Keywords: Upper California; franciscan missions; missionary architecture; *monjeríos*; colonialism.

Sumario: 1. Introducción 2. Fuentes y Estado de la Cuestión. 3. La arquitectura misionera. 4. *Juntos pero no revueltos*: la diferenciación entre los espacios para religiosos y espacios para indios 5. Nueva vida a partir de las restauraciones. 6. Conclusiones. Referencias.

Cómo citar: Novo-Malvárez, M. (2022) La arquitectura de las misiones de Alta California. Una herramienta al servicio del control productivo y espiritual. *Arte, Individuo y Sociedad* 34(1), 143-165.

1. Introducción

Las veintiuna misiones franciscanas fundadas entre 1769 y 1835 entre San Diego y Sonoma (California-Estados Unidos) constituyeron el primer ensayo de convivencia entre españoles e indios en este territorio. Estas se originaron como parte de un proyecto de control político y económico de la Corona española dirigido por el militar Gaspar de Portolà, que recurrió a la evangelización como mecanismo para someter a la población indígena y facilitar el proceso de aculturación (Bernabéu y Ortega, 2011, p.411)³. La tarea específica de fundación fue encomendada al franciscano fray Junípero Serra, en virtud del papel desempeñado como misionero en la Sierra Gorda y Baja California (México) (Rex, 2007, p.159). Ambos aunaron esfuerzos para la puesta en marcha de las misiones, cuya presencia supuso un nuevo orden arquitectónico en el paisaje y desencadenó un importante cambio social.

Entre los antecedentes que condujeron a este momento se sitúan las reducciones de indios ensayadas por los mendicantes al inicio de la conquista en el centro del virreinato, orientadas a agrupar a las comunidades de los asentamientos rurales como medio para su evangelización (López Guzmán, 2007, p.68); y la posterior fundación de las primeras misiones en lugares marginales de la frontera norte (Florida, Georgia y Las Carolinas), donde también prevalecieron fórmulas de concentración (Ramiro, 2013, p.14). A estos hechos sucedió una expansión territorial que fructificó con el establecimiento de misiones franciscanas en Nuevo México, en la parte oriental de Chihuahua y en el oriente septentrional: Texas, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas; a las que se unió en el siglo XVII Alta California. Por su parte, la llegada a Sinaloa de los jesuitas conllevó su extensión por Baja California y por las provincias de Sonora, Ostimuri y Arizona; a la que se añadió la parte occidental de Chihuahua (Ramiro, 2013, p.14)⁴. En este contexto de auge fundacional adquirió especial importancia la figura de fray Junípero, al convertirse en nexo de unión entre las misiones de la Sierra Gorda, Baja y Alta California. En el primer caso, abanderó una causa de gran alcance que se materializó en el establecimiento de cinco misiones, tras lo cual fue nombrado superior de las que poseyeron los jesuitas en Baja California, cargo que

³ Para profundizar en el proceso de colonización de California puede consultarse la obra de Sobrequés-Callicó, J. (2010). *Orígenes hispanos de California. De la expedición de Pórtola a la independencia de México*. Barcelona: Base.

⁴ La expulsión de los jesuitas en 1767 provocó el paso de sus misiones a manos franciscanas y dominicas.

abandonó para dirigir la empresa evangelizadora al otro lado del golfo⁵. Su actividad en estos lugares dio continuidad al sistema misionero, toda vez que contribuyó a la propagación de algunas fórmulas arquitectónicas y decorativas materializadas con variantes en las tres regiones (iglesias de planta rectangular con un coro a los pies, conventos desarrollados alrededor de un gran cuadrilátero, ciclos de pintura mural que despliegan complejos programas doctrinales como apoyo a la evangelización...). En paralelo, se observan también muchas diferencias que descartan por completo la idea de la existencia de un solo modelo de misión. La monumentalidad de las iglesias y de las fachadas-retablo en las misiones de Sierra Gorda, la sencillez técnica y modestia de materiales en los conjuntos altocalifornianos, o el menor peso de los rancheríos en los de Baja California son algunas de ellas, cuya constatación nos lleva a hacer distinción no solo entre conjuntos franciscanos o jesuitas, sino entre misiones texanas, chihuahuenses, coahuiltecas y tantas otras como regiones se formaron en el virreinato (Ramiro, 2013, p.135). Los modelos implantados también fueron divergentes y mientras en Sierra Gorda sirvieron para fundar pueblos (Ratto, 2019, p.23), en Baja California se optó por aquellos que favorecían las visitas alternadas a la misión por turnos de determinados días (Del Río, 1974, p.4). En Alta California se implantó un modelo mixto de residencia indígena permanente pero independiente de los pueblos.

Siguiendo la evolución a partir de estos hechos, advertimos como lo sucedido en Alta California en torno al 1769 se enmarca en un contexto de continuidad no interrumpida hasta el primer cuarto del siglo XIX, cuando la región pasó a ser territorio mexicano y se produjo la secularización de las misiones, circunstancia que provocó el abandono y consecuente deterioro de los edificios⁶. A finales de la centuria, una vez devueltas a Estados Unidos y a la Iglesia católica, iniciarán una nueva etapa marcada por las restauraciones que, no obstante, transformaron su esencia y morfología original. Tras las intervenciones, se pusieron en marcha acciones de musealización y de promoción histórico-artística con la intención de convertir a las viejas misiones en los principales recursos culturales y turísticos del Estado (Gutiérrez, 2016, p.196). En la actualidad, todas han sido objeto de protección legal, ocho tienen categoría de monumentos históricos y cuatro forman parte de parques históricos estatales.

Dada la importancia de este legado, el objetivo de este artículo es caracterizar la tipología misionera y determinar el valor que tuvo la arquitectura como herramienta de control sobre la población indígena, para finalmente constatar el papel cultural y turístico que tienen las misiones en la actualidad. La metodología seguida ha partido de la consulta de fuentes documentales, bibliográficas y gráficas, generadas principalmente en el ámbito americano. Un especial interés han tenido las imágenes, que incluyen todo género de ilustraciones (pinturas, planos y fotografías) de los siglos XVIII y XIX. Estas nos han permitido observar el emplazamiento de las misiones y la estructura y distribución de sus elementos. Asimismo, la revisión de bases de datos

⁵ Fray Junípero Serra llegó a Nueva España en 1749 y, en reconocimiento a su labor misionera, en 2015 fue proclamado primer santo hispano de Estados Unidos.

⁶ En términos generales el territorio conocido como Alta California se corresponde con la actual superficie del estado de California. En virtud del concordato celebrado entre dominicos y franciscanos en 1772 (Crosby, 1994, p. 203), se delimitaron dos espacios diferenciados, la Antigua o Baja California y la Nueva o Alta California que, en principio, estuvieron asociados al área de actuación de estas órdenes religiosas y, con el tiempo, adquirieron el carácter de frontera entre dos países (Piñera y Bejarano, 2011, p.161).

ligadas al Registro Nacional de Lugares Históricos (NRHP) y al Registro Nacional de Hitos Históricos (NHL) del Departamento de Interior del Gobierno de Estados Unidos, nos ha dado a conocer la categoría, fechas de las principales intervenciones y el nivel de protección de estos monumentos. Estas consultas se han combinado con las visitas a algunas misiones (Misión Dolores, San Rafael, Santa Clara, Santa Cruz, San José y San Juan Bautista), que han completado el proceso metodológico. Estas nos han brindado la oportunidad de conocer los bienes materiales e inmateriales que atesoran y de experimentar su funcionamiento, participando en los programas didácticos y en las actividades interpretativas que ofrecen al visitante como parte de su proyecto de difusión del patrimonio⁷.

En una primera aproximación se detecta cómo el uso religioso-productivo ayudó a definir la estructura básica y el carácter de sus dependencias habituales. La función residencial también fue determinante, existiendo gran discriminación en el uso del espacio, entre los lugares orientados a religiosos y soldados y los ocupados por neófitos. Los usos originales, con el tiempo han sido sustituidos por otros culturales y turísticos. En la actualidad, feligreses católicos, turistas de todo el mundo, residentes americanos y estudiantes de cuarto grado de la escuela pública de California son los grupos que visitan las misiones. El modelo de gestión más generalizado favorece una comprensión de su pasado histórico y patrimonial a través del desarrollo de múltiples programas didácticos y de interpretación del patrimonio que son revisados por los organismos implicados en su preservación y por los administradores de cada centro.

2. Fuentes y Estado de la Cuestión

La multiplicidad de estudios sobre las misiones, principalmente aquellos editados en Estados Unidos, nos ha brindado una comprensión de la herencia misionera de California. El libro de Rexford G. Newcomb, *The Franciscan Mission Architecture of Alta California*, (Nueva York-1916) es, para algunos, el primer estudio sistemático sobre la arquitectura de las misiones californianas. Un siglo después, en 2018, salió a la luz una reedición facsímil acompañada de tres aportaciones españolas: un capítulo de Fernando Vela Cossío titulado *Las misiones de la Alta California en el patrimonio hispanoamericano de los Estados Unidos* y dos textos de los arquitectos Modesto López Otero y Rafael Fernández-Huidobro, que convergen en la pretensión de “dejar constancia del despertar en España del interés por este legado” (Vela, 2018, p.24). Otro trabajo de Newcomb que también constituye una referencia destacada para el estudio de este tema es *The old mission churches and historic houses of California; their history, architecture, art and lore* (1925). Una valoración similar se puede hacer de las obras *The art of the old world in New Spain, and the mission days of Alta California* (1922), de Mary Gordon Holway, y *Spanish Colonial or adobe Architecture of California. 1800-1850* (1931), de Donald R. Hannaford y Revel Edwards. No obstante, una parte de la crítica ha considerado que la obra más completa de esta etapa temprana ha sido *The Missions and Missionaries of California* de Zephyrin Engelhardt (1908-1915). Engelhardt, archivero de la Misión Santa

⁷ Estas visitas se han materializado en el marco de las estancias de investigación realizadas en *Stanford University* durante los años 2015 y 2016.

Bárbara, fue uno de los primeros cronistas del período colonial español, si bien hay que tener en cuenta que su visión es poco objetiva y claramente pro-franciscana (Vaughn, 2011, p.151). Muy completa también, aunque más tardía, es la obra *Franciscan Missionaries in Hispanic California: 1769-1848. A Biographical Dictionary* (1969) del historiador Maynard J. Geiger, que también desempeñó el cargo de archivero en Santa Bárbara. Más recientes, pero bien valoradas por la crítica, son la obra colectiva de Edna Kimbro, Julia Costello y Tevvy Ball, *The California Missions: History, Art, and Preservation* (2009) y el trabajo de la antropóloga Elizabeth Kryder-Reid, *California Mission Landscapes: Race, Memory, and the Politics of Heritage* (2016), cuyo impacto científico lo ha hecho objeto de varias reseñas (Lucido, 2017) (Woods, 2019). La principal novedad de este libro es que ha sido el primero en explorar los paisajes de la misión como una vía para comprender la política del pasado, trazando una línea de continuidad entre el período colonial español, el nacionalismo estadounidense emergente y la industria del patrimonio contemporáneo. Por su parte, las publicaciones que tienen que ver más directamente con el tema que nos ocupa y que se relacionan con el estudio de la morfología de las misiones están firmadas por la arquitecta Catherine R. Ettinger (2002, 2003, 2007, 2009, 2010), cuyas investigaciones aportan mucha luz sobre la problemática de la vivienda en el contexto misionero.

Con respecto a las fuentes documentales, son de especial interés los escritos y diarios de viaje de los españoles participantes en las expediciones de conquista y evangelización, principalmente los de los misioneros comprometidos en tal causa como fueron Juan Crespí, Pedro Font, Francisco Palou, Francisco Garcés o Fermín Lassuen. Estos aportan datos específicos sobre las misiones, el medio natural y social o el comportamiento de los nativos, además de proporcionar una visión personalizada relacionada con las experiencias vividas en el contexto de la actividad misionera en territorio altocaliforniano⁸.

Por último, resta señalar el interés extraordinario de la documentación gráfica, dado que planos e ilustraciones conforman el grupo de fuentes probablemente más fiables para conocer la estructura de las misiones en diferentes momentos. Estas fueron objeto de atención de viajeros y exploradores desde su fundación, como fue el caso de Jean-François de Galaup, conde de La Pérouse, de cuya visita a la misión de San Carlos en 1786 dejó testimonio un dibujo del pintor Gaspard Duché de Vancy (Vela, 2018). Por su parte, los pintores y dibujantes de la principal empresa de exploración del siglo XVIII, la expedición de Malaspina, Fernando Brambila, Juan Ravenet, José del Pozo, Tomás de Suría, José Guió y José Cardero han dejado un rico legado pictórico de tema misionero que ha ayudado a arqueólogos, historiadores y arquitectos en las tareas de reconstrucción. La etapa en que las misiones pertenecieron a México (1821-1846) está bien documentada gracias a la obra del pintor y explorador alemán Ferdinand Deppe (Fig.1).

⁸ Véase, Crespí, J. (2001); Palou, F. (1787, 1988); Font, P. (2002); Garcés, F. (1996) y Lasuén, F. de (1965).



Figura 1. Ferdinand Deppe, *La misión de San Gabriel*, hacia 1832. Laguna Beach (California), Laguna Art Museum.

Para el análisis del último cuarto del siglo XIX contamos con una gran selección de pinturas entre las que se encuentran las del inglés Juan Buckingham Wandesforde, el francés Jules Tavernier y el noruego Christian August Jorgensen, cuyas obras complementan la numerosa serie de dibujos, acuarelas, y aguafuertes realizadas desde mediados de la centuria por Henry Chapman Ford quién, además, presentó una amplia serie de dibujos y grabados de las misiones en la Exposición Colombina de Chicago de 1893. Un año después, en 1894, fue publicado un libro que recoge la colección de fotografías de albúmina de William Henry Jackson (Vela, 2018, p.18) que documentan gráficamente los restos desmoronados de las misiones tras la secularización (Kryder-Reid, 2016). Un poco anteriores, pero igualmente interesantes, son las fotografías estereoscópicas realizadas desde mediados del XIX por Charles Wallace Jacob Johnson e integradas en la colección *Views of California Scenery*. Lo mismo podemos decir de la colección de fotos de Carleton Watkins, que “constituyen uno de los testimonios gráficos que más han contribuido a la patrimonialización de este legado” (Vela, 2018, p.22). Otra serie muy completa que incluye imágenes de todas las misiones es la realizada por Henry Miller en 1856⁹. Por último, resta destacar el interés de los planos levantados en el momento de construcción y restauración, y de aquellos elaborados por el Servicio de Edificios Históricos de Estados Unidos a partir de la década de 1940, la mayoría de los cuales están disponibles para consulta en la Biblioteca del Congreso.

⁹ Las fotografías pertenecientes a estas colecciones han ido digitalizándose para su mejor conservación y, en su mayor parte, están custodiadas en distintas entidades entre las que figuran el Instituto J. Paul Getty Museum de Los Angeles, la Biblioteca Bancroft de Berkeley, la Biblioteca Huntington de San Marino, la Biblioteca de la Universidad de California en San Diego, las Bibliotecas Públicas de San Diego y San Francisco y la Biblioteca del Congreso en Washington, que también alberga una interesante serie de planos y de levantamientos realizados en la década de 1930.

3. La arquitectura misionera

Uno de los objetivos de la conquista de Alta California fue la evangelización de su población, para lo cual los religiosos se sirvieron de las misiones, que fueron fundadas con apoyo político y militar español a lo largo de un eje paralelo a la costa. Estas fueron parte central de un sistema de control territorial que alteró los patrones espaciales y temporales existentes hasta el momento. Todas fueron concebidas con una estructura espacial diferente a las de los pueblos, entendidos como asentamientos abiertos con una distribución ortogonal.

Las misiones establecidas en la región, en un periodo de poco más de cincuenta años, fueron veintiuna. La primera fue fundada en 1769 en San Diego por el padre Junípero Serra y, la última, en 1823 en Sonoma por José de Altimira. Bajo la presidencia de fray Junípero, entre 1769 y 1782, se constituyeron las nueve primeras dedicadas a San Diego de Alcalá, San Carlos Borromeo, San Antonio de Padua, San Gabriel Arcángel, San Luis Obispo de Tolosa, San Francisco de Asís, San Juan Capistrano, Santa Clara de Asís y San Buenaventura¹⁰. Su sucesor, el padre Fermín Lasuén, entre 1786 y 1798 fundó las nueve siguientes, que estuvieron bajo la advocación de Santa Bárbara, La Purísima Concepción, Santa Cruz, Nuestra Señora de la Soledad, San José, San Juan Bautista, San Miguel Arcángel, San Fernando Rey de España y San Luis Rey de Francia. Las tres restantes fueron constituidas por sendos frailes franciscanos, Santa Inés Virgen y Mártir por el padre Estevan Tapis en 1804, San Rafael Arcángel por Vicente de Sarriá en 1818 y San Francisco Solano por José Altimira en 1823, ya en periodo mexicano.

En el momento inmediatamente posterior a la fundación de una misión, la Corona se ocupó de proporcionar a sus administradores los materiales y productos básicos necesarios para su puesta en funcionamiento, en tanto que los religiosos se encargaron de atraer e instruir a los indios en las actividades constructivas, religiosas y económicas. Cada misión recibía una asignación inicial de 1.000 pesos, granos y 18 cabezas de ganado, para levantar las primeras construcciones e iniciar su actividad productiva (Ortega, 2008, p.203). Una vez bautizados, los neófitos quedaban adscritos a las misiones y, en su día a día, combinaron la participación en los ritos y actividades religiosas con las labores manufactureras (textil, forja, curtiduría, elaboración de velas y jabones, ...) y con las prácticas agrícolas y ganaderas (Piñera y Bejarano, 2011, p.162)¹¹. Con el tiempo, desarrollaron una economía mixta, cuyos excedentes sirvieron para acelerar el proceso de colonización (Jackson, 1991, p.86). En paralelo al incremento de la actividad económica aumentaron los residentes y las estructuras experimentaron un crecimiento orgánico.

Desde un punto de vista estético y del lenguaje, la arquitectura misionera es deudora del bagaje cultural que trajeron consigo los padres fundadores a lo largo de su trayectoria personal, que se acaba fundiendo con las tradiciones locales (Ettinger, 2003). El punto de partida se sitúa en su lugar de origen, en territorio español, en donde se tienen en cuenta las directrices impuestas por Trento, para continuar en el centro

¹⁰ La misión de San Gabriel Arcángel fue fundada en 1771 por fray Junípero con asistencia de los padres Pedro Cambón y Ángel Somera, y la de San Francisco de Asís en 1776 con asistencia de Francisco Palou y Pedro Cambón.

¹¹ El ganado vacuno, además de servir como alimento a la población, proporcionaba el cuero necesario para fabricar artículos de piel demandados por los militares y sebo para la elaboración de velas y jabones (Jackson, 1991, p.89).

del virreinato, en la Sierra Gorda y en la península bajocaliforniana, donde residieron algunos de los frailes que posteriormente emprendieron la nueva empresa¹². Las influencias derivadas de las circunstancias históricas y de su paso por las diferentes regiones acaban por llegar aquí bajo el respeto de los cánones eclesiásticos (Piñera y Bejarano, 2011, p.160). Así a ambos lados del golfo nos encontramos con un predominio de iglesias misioneras sencillas realizadas con materiales locales, con nave única, coro a los pies y cubiertas con techumbre de madera, cuya disposición también se observa en los conventos del XVI del centro de México. En el interior, ajuares muy completos, en ocasiones llegados directamente de España o México, se combinan con un exhaustivo repertorio hagiográfico y con la existencia de múltiples retablos, pinturas murales y cuadros, de fuerte simbología y relevancia en el proceso de adoctrinamiento y evangelización. No obstante, una diferencia entre estas misiones y sus vecinas jesuitas, es el mayor desarrollo experimentado por las estructuras propiamente monásticas y el uso frecuente del adobe y la madera frente a otros materiales pétreos (sillería o mampostería) empleados en algunas de las áreas más meridionales de la península californiana (también en misiones de Texas o Nuevo México) que facilitaba el abovedamiento de los templos (Espinosa, 2011, p.107). En la región de Alta California las edificaciones resultaron más modestas, circunstancia que también hay que poner en relación con la orientación hacia el neoclasicismo académico impuesto por la Real Academia de San Carlos, establecida en 1785 en la Ciudad de México (Bargellini, 2013, p.162). La aplicación del vocabulario clásico afectó a la arquitectura y a los bienes muebles, observándose la sencillez neoclásica tanto en las estructuras exteriores como en las piezas que decoraban los interiores, tal y como ejemplifican muchos de los retablos como, por ejemplo, los que decoran la iglesia de la misión de San Francisco.

Los responsables del diseño de estas misiones muchas veces fueron los propios frailes que, con ayuda de nativos y soldados, supervisaron las obras sirviéndose de utilizar materiales locales como el adobe o las varas consolidadas con lodo. Los primeros edificios fueron de carácter provisional, como fue común en todas las regiones del virreinato, aunque, con el tiempo, se acabaron convirtiendo en permanentes:

...Luego que el venerable fray Junípero vio a sus hijos los indios en estado de trabajar con mayor afición que á los principios, trató de que hiciesen una iglesia de mampostería con bastante capacidad para encerrar tanta gente. Propuso un devoto pensamiento á todos aquellos indios, quienes con mucho gusto convinieron en ello, ofreciéndose á acarrear la piedra, que estaba á mano, toda la arena, hacer la cal y mezcla, y servir de peones para administrarlo a los albañiles. Dióse principio á esta obra, trabajando todo el tiempo que no era de aguas ni necesario para las labores del campo, y en el tiempo de siete años quedó concluida una iglesia de cincuenta y tres varas de largo y once de ancho, con correspondiente crucero y cimborrio, y á continuación de ella la correspondiente sacristía, también de bóveda, como asimismo una capilla que se dedicó al Santo Sepulcro, adornándola con imágenes y pasos de la pasión del Señor, para mas aficionarlos á las devotas funciones de la Semana. La iglesia también se adornó con retablos, altares y colaterales dorados; y en el coro puso órgano, buscando maestro que enseñase a tocar á

¹² En 1774 Juan Bautista de Anza abrió una ruta que comunicó a las tierras sonorenses con la Alta California por donde, además de misioneros y soldados, circularon también artesanos que habían participado en la construcción de algunas misiones franciscanas bajocalifornianas como fue el caso de San Ignacio, Caborca o Tubutama (Kennedy, 1993).

los indios en las misas cantadas. Con el ejercicio de estos trabajos quedaron habilitados de varios oficios, como de albañiles, carpinteros, herreros, pintores, doradores, etc. Y no olvidándose el fervoroso celo del reverendo padre Junípero de apartar del ocio á las mujeres, las empleaba en las correspondientes tareas á su sexo como hilar, tejer, hacer medias, calcetas, coser, etc. (Palou, 2018, p.141).

Los programas arquitectónicos trataron de combinar equilibradamente las áreas abiertas o semiabiertas (arcadas y patio del cuadro grande, explanada, patios menores...) con el patrimonio construido (iglesia, talleres...), al tiempo que diferenciaron entre las zonas destinadas a los religiosos de las de los neófitos (Ettinger, 2009, p. 136). El núcleo central de las misiones estaba formado por la iglesia y el cuadrilátero o cuadro grande, e incluso en algunas, como en San José o Santa Bárbara, llegó a haber dos. El desarrollo de esta estructura hay que ponerlo en conexión con la importancia del espacio en las prácticas ceremoniales prehispánicas, que en el siglo XVI se canalizó a través de la erección de grandes atrios en los conventos construidos por los mendicantes en las poblaciones cabeceras de la Nueva España (Espinosa 2011, p.88). En las misiones de Alta California la carga simbólica heredada de estos lugares tiene su correspondencia en el cuadro grande aunque, en proporción, su escala aquí fue mayor. Se trataría de un ámbito prioritario y público al que se añade una fuerte función utilitaria y de control, dado que posibilitaba el cierre al exterior. En ocasiones el cuadro grande estaba centrado por el pozo de agua, como en las misiones de San Juan Bautista y San Gabriel, por los fogones comunitarios y el horno, como en San Luis Obispo, o también por los tanques para la elaboración del vino, como en San Antonio de Padua (Ettinger, 2009, p. 144).

La iglesia, de planta basilical y voluminosas paredes enfoscadas con cal en contraste con las tejas rojas de la cubierta, recibió una atención especial (Piñera y Bejarano, 2011, p.163). En el exterior los elementos destacados eran la portada y el campanario, que generalmente se remataba con un frontón mixtilíneo. En uno de los extremos del cuadro grande, se localizaron las habitaciones de los religiosos, las de visitantes (Fig.2) y otras dependencias de uso múltiple y compartido como fueron almacenes, graneros, bodegas, cocina, despensa y talleres (herrería, carpintería, curtiduría...). En ocasiones, también un dispensario o enfermería y una sala destinada a vivienda de niñas y mujeres jóvenes solteras denominada monjerío.



Figura 2. Cuarto de visitantes de la Misión de la Purísima Concepción. Imagen autoría de Jesús Aguilar-Pérez.

En la fachada del cuadro grande, se situaba una galería de arcos o un pórtico con pilares que conectaba con la explanada desarrollada en su parte anterior. Esta explanada, a pesar de no tener una estructura definida, buscaba formar una plaza cerrada que, en este caso, nada tiene que ver con la idea de atrio de los conventos de Nueva España ni tampoco tiene una connotación exclusivamente sagrada, como sí tuvo en los conjuntos de Sierra Gorda (Fig.3)¹³. Su uso, no obstante, conecta con el ceremonialismo mesoamericano ya que se reservó tanto a rituales religiosos (celebración de procesiones) como a otras ceremonias profanas (representaciones teatrales, danzas, espectáculos de toros...).



Figura 3. Corredor de los padres de la Misión de la Purísima Concepción. Imagen autoría de Jesús Aguilar-Pérez.

En el entorno cercano a la iglesia y al cuadrilátero se situaron corrales, establos, batanes, molinos, algunas piezas de infraestructura hidráulica (presas, acueductos, cisternas...), el lavadero, y el cementerio. En un radio un poco más alejado, las viviendas de los neófitos (rancherío), las de soldados, los huertos, las viñas y los terrenos de cultivo (Fig.4).

¹³ Esta galería también funcionaba como una prolongación del espacio productivo, dada su proximidad al área de talleres.

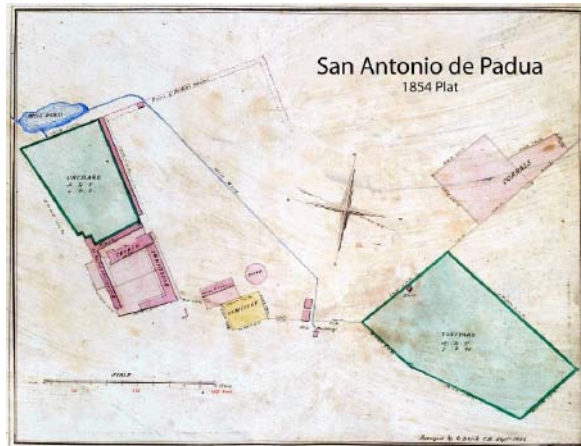


Figura. 4. Plano de la Misión de San Antonio de Padua realizado por G. Black a partir de fuentes de 1854. Historical American Buildings Survey. (Library of Congress of United States-Washington DC).

La mayoría de estas dependencias fueron comunes a todas las misiones dado el carácter funcional y el aislamiento físico al que estuvo sujeta la población misionera. Estamos de acuerdo con Catherine Ettinger en la existencia de un consenso en cuanto al diseño general y a la ubicación de los diferentes componentes, aunque también entendemos que una valoración global otorga una falsa homogeneidad al conjunto de misiones, ya que cada una tuvo sus peculiaridades en cuanto a patrimonio mueble e inmueble que las caracterizaron e individualizaron frente al resto. Como ejemplo, destacamos la existencia de una biblioteca en Santa Bárbara, La Purísima y San Carlos Borromeo; las campanas de madera que repicaron en San Buenaventura y su prensa para extraer aceite; la fuente termal de San José; la estructura de tres naves de la iglesia de San Juan Bautista, también exclusiva por su mayor tamaño, su original órgano importado de Europa y su enorme pila bautismal; los frescos de la iglesia de San Miguel; el Vía Crucis pintado por los neófitos de San Gabriel y el taller para la elaboración del vino; el singular campanario de San Diego diseñado para cinco campanas; los jardines del viejo hospital de San Juan Capistrano; la riqueza del mobiliario importado de Europa de San Carlos Borromeo; el enorme lavadero de San Luis Rey; las dos enfermerías de la Purísima Concepción; o el retablo pintado de la iglesia de la misión Santa Inés, entre otros.

4. *Juntos pero no revueltos*: la diferenciación entre los espacios para religiosos y espacios para indios

La fundación de una nueva misión conllevó la puesta en marcha de una serie de acciones que afectaron al diseño, distribución espacial y ubicación de los edificios en el paisaje, al tiempo que sus impulsores procuraron crear un ambiente familiar que hiciese sentir cómodos a los franciscanos y a aquellos que les acompañaron en su proyecto evangelizador. Es decir, a través de las estructuras arquitectónicas, se pretendió que los religiosos alcanzasen una sensación de bienestar y de seguridad

física y emocional, al entender que el contexto que les rodeaba, en donde convivían más de cuarenta grupos indígenas con lenguas y dialectos diversos, les resultaba ajeno y potencialmente hostil¹⁴. No hay que olvidar que frente a los grupos con los que inicialmente contactaron en los ámbitos nucleares novohispanos, y que tenían un grado de urbanidad mucho mayor, las tribus originarias de Alta California se mostraron mucho más belicosas, toda vez que tenían un comportamiento nómada o seminómada que acabó por determinar nuevas fórmulas y condiciones de reducción. No obstante, las fuentes documentales y, en concreto, los diarios de los frailes y de los militares expedicionarios, nos remiten a la existencia de una casuística diversa según los momentos y las circunstancias, haciendo referencia a pueblos que se mostraron acogedores y hospitalarios con los recién llegados (Rex, 2007, p.160), mientras que otros manifestaron una oposición y un recelo que derivó en fuertes enfrentamientos (Jackson y Castillo, 1995, p.73)¹⁵. Los misioneros, muchos menos en número, procuraron acercarse a ellos de manera pacífica y, en cuanto fue posible, trataron de proporcionarles una instrucción religiosa como paso a previo a su bautismo para convertirlos en neófitos (Cortijo, Cortijo y Spencer, 1999, p.144).

El planteamiento arquitectónico que dio cobertura al proyecto misionero franciscano, y que estuvo consensuado por la orden, tuvo un desarrollo que se podría calificar de elitista, al no haber tenido en consideración las necesidades de los indígenas, quienes también sufrieron un proceso de descontextualización que, en su caso, estuvo circunscrito a su propio territorio. No hay que olvidar que estos fueron obligados a abandonar sus poblados tradicionales para desplazarse a las misiones, pasando de su zona de confort a otra más insólita y desconocida, en donde no se sintieron a gusto ni mucho menos libres¹⁶. Ante la presión ejercida por los españoles, la población nativa dejó de habitar sus viviendas individuales de muros curvos hechas con materiales perecederos y que permitían la entrada de luz difusa (Fig. 5), para pasar a vivir en colectividad, la mayor parte de las veces confinados en espacios ortogonales construidos por hileras de habitaciones de adobe sin apenas ventilación, a todas luces más insalubres, y que, en general, no fueron de su agrado (Ettinger, 2009, p. 147). Estas viviendas comunitarias denominadas rancherías, fueron ocupadas por familias nucleares con hijos menores de seis años que estuvieron bajo la vigilancia de los frailes y militares (Ettinger, 2003, p.9)¹⁷. Pese a esta realidad, algunas voces han calificado el modelo de integracionista (Guest, 1978, p. 101), valoración que justifican en la idea de que en la misión vivían los indios en compañía de los religiosos, en contra de lo ensayado con anterioridad en las misiones de Baja California, donde mayoritariamente los indígenas continuaron residiendo en sus poblados tradicionales.

¹⁴ En su mayoría constituían sociedades rudimentarias, con enormes problemas de subsistencia y sin un sistema propio de escritura.

¹⁵ Los problemas de relación entre nativos y misioneros han sido tratados por varios autores, véase Webb, E. (1958); Lightfoot, K. (2005) y Heizer, R. (ed.) (1968).

¹⁶ En los asentamientos indígenas predominaron las agrupaciones irregulares con un espacio abierto central que probablemente desempeñaba la función de plaza, alrededor del cual se distribuían casas de planta circular construidas con materiales perecederos y que fueron creciendo de manera orgánica (Ettinger, 2010). Estas solían tener el mismo tamaño, a excepción de las de los líderes locales que eran un poco más grandes.

¹⁷ La misión Santa Cruz es la única que todavía conserva una estructura original de este tipo de vivienda indígena.



Figura 5. Recreación de una antigua vivienda indígena de la tribu Ohlone. Misión Dolores (San Francisco). Fotografía de la autora.

En donde no existe lugar a dudas es en la idea de que la concentración de indígenas en las misiones respondió a una estrategia de dominio y cristianización que determinó un cambio social y transformó la forma de vida de los nativos, que tuvieron que renunciar a su libertad para convertirse en mano de obra barata necesaria para el avance del proyecto colonizador. La implementación de esta fórmula buscó también separarlos de determinadas prácticas habituales en su cultura como la chamanería, la medicina tradicional, el aborto o la poligamia, consideradas inmorales y nocivas por la religión cristiana, y familiarizarlos con otras propias de la cultura hispana como la monogamia o la participación en misas y ceremonias de culto católico. Las autoridades civiles y religiosas entendieron que una convivencia más estrecha entre ambos grupos podría revertir en una asimilación más rápida de los patrones culturales de los españoles y en un abandono progresivo de los propios, sin pararse a considerar el posible daño causado a la sociedad indígena (Ortega, 2008, p.202). En este contexto, el espacio tuvo gran utilidad en la instrumentación de los cambios. El nuevo modelo implantado favoreció un mayor control sobre los nativos al tiempo que priorizó el uso de espacio interior sobre el exterior, más acorde con la tradición arquitectónica europea y en contraposición al *modus vivendi* de estos pueblos.

Descripción del fray Pedro Font del proceso de evangelización de los indios de las tribus Beñeme y Jeniguechi en la Misión San Gabriel (Montané, 2000, p.166)

...Como aquellos Yndios estaban hechos á vivirse en los campos y los cerros como las bestias. Les previenen que si quieren ser christianos ya no se han de ir al monte, sino que han de vivir en la Mission, y que si se van de la Rancheria (que assi llaman a los jacalitos y vivienda de los Yndios) los iran á buscar y los castigarán. Con esto empiezan

á catequizar á los gentiles que voluntariamente vienen, enseñándoles a persignar y lo demás necesario, y si perservaran en el catecismo por dos ó tres meses con el mismo animo, en estando instruidos pasan a bautizarlos...

Entre las consecuencias más graves de las transformaciones que afectaron a la estructura social y habitacional están la ruptura experimentada por las comunidades con su entorno habitual y la fragmentación de los núcleos familiares (Hurtado, 1999, p.2). El caso más llamativo fue el que afectó a las niñas mayores de seis años y a mujeres solteras, viudas o con maridos ausentes, que fueron separadas de sus familias para ser recluidas, en algunos casos bajo llave, en los denominados monjeríos, en donde pasaban el tiempo cocinando, tejiendo, hilando, lavando o cosiendo. En opinión de algunos autores, el encierro en los monjeríos a veces constituyó una opción escogida por algunas mujeres que, ante la desintegración de su modo de vida tradicional, buscaron protección entre sus muros (Ettinger, 2010)¹⁸. En esencia, eran espacios colectivos constituidos por una habitación de planta rectangular ubicada en la parte más protegida de las misiones, en la crujía interior del cuadro grande, que, en ocasiones, estaba conectada con un patio interior con cloaca y fuente (Ettinger, 2003, p.90). Algunos testimonios de visitantes y militares hacen referencia al nivel de vigilancia al que estaban sometidas las mujeres y a la humedad e insalubridad de los monjeríos, mientras que el discurso de los frailes va por otros derroteros, al describirlos como lugares bien acondicionados y apropiados para proteger su integridad física y salvaguardar su moral. Por su parte, la autora Chelsea K. Vaughn los define como lugares de castigo en donde las mujeres nativas americanas vivían secuestradas bajo la atenta mirada de los misioneros, encargados de velar por su castidad de acuerdo a la moral cristiana (Vaughn, 2011, p.141)¹⁹. Aunque esta fue posiblemente la tónica general, también nos consta que hubo diferencias significativas según las misiones (edad de ingreso en los monjeríos, grados de libertad individual, condiciones higiénicas...), tal y como se puede apreciar a partir de las interpretaciones llevadas a cabo en San Luis Rey, San Juan Capistrano o La Purísima Concepción que, en la actualidad, presentan sus monjeríos bajo enfoques distintos a partir de la información extraída de los documentos de sus archivos documentales (Vaughn, 2011, p.173).

Con respecto a los hombres solteros, las fuentes señalan cómo en algunas misiones también tuvieron su propio dormitorio, mientras en otras dormían en la cocina (pozolera) y a veces también bajo las arcadas del cuadro grande. Esta modalidad de uso del espacio exterior entronca con la costumbre que tenían muchos pueblos nativos de dormir al aire libre (Ettinger, 2009, p.145).

En definitiva, en el contexto misionero que nos ocupa, la imposición de un nuevo modelo habitacional contó con el soporte de la arquitectura, convertida en un mecanismo utilizado por las autoridades civiles y religiosas para promover toda una

¹⁸ Otros autores, además de Hurtado (2020), han tratado el tema de la violencia contra la mujer indígena. Véase Cook, S. F. (1976) y Jackson, R. & Castillo, E. (1995).

¹⁹ La versión masculina y europea de la historia colonial prioriza el papel de los hombres sobre el de las mujeres, y el de los colonizadores sobre los indígenas. Esta es la razón que explica la invisibilidad de la mujer indígena en las crónicas del momento y, por ello, no es de extrañar que en las recreaciones actuales su presencia se limite a unas pequeñas pinceladas en los monjeríos o en las salas de tejido. El papel de la mujer indígena ha sido tratado por autores como Bouvier, V.M. (2001), pp.92-96; Sandos, J.A. (2004), pp.99-102; Hackel, S.W. (2005), pp. 202-203 o Lightfoot, K.G. (2005), pp.76-77.

serie de cambios de acuerdo a los intereses de los españoles. La realidad nos muestra cómo en las veintiuna misiones de Alta California el lenguaje arquitectónico marcó prioridades y estableció jerarquías al tiempo que reforzó el simbolismo religioso que se hizo especialmente visible en el edificio de la iglesia (Ettinger, 2003, p10).

5. Nueva vida a partir de las restauraciones

Las misiones paralizaron su actividad productiva y espiritual en 1833, cuando el Gobierno mexicano decretó su secularización (Ortega, 2008, p.219)²⁰. Desde entonces, sus fábricas entraron en una fase de abandono y deterioro que se prolongó hasta que, a principios del siglo XX, fue promovida su restauración. El objetivo de las intervenciones fue la recuperación de los viejos edificios para convertirlos en espacios visitables que darán impulso a una nueva etapa y a un nuevo modelo de gestión.

Las restauraciones misioneras se vieron estimuladas por dos hechos significativos, la conquista de California por Estados Unidos (1846) y la romantización del período colonial español que enfatizó la presencia europea en el estado. La narrativa surgida por entonces destacó el rol de los frailes como protectores de los indígenas y como padres entregados que llevaron la civilización a un pueblo salvaje, al tiempo que minimizó el papel desempeñado por los nativos, y en especial el de las mujeres que, casi como personajes de ficción, “contribuyen a la mitología de las misiones en lugar de aparecer como actores históricos reales” (Vaughn, 2011, p.141). En opinión de Chelsea Vaughn la versión que se dio ahora de la historia fue “abrumadoramente masculina y europea en donde son protagonistas los hombres nativos americanos y las mujeres españolas mientras que las mujeres nativas americanas están prácticamente ausentes” (Vaughn, 2011, p.141). Una interpretación distante de la realidad y que, además, es un indicador de la marginación que sufrieron las indias.

El espíritu de las restauraciones, en conexión con este romanticismo imperante, acabó por conceptualizar las misiones como ruinas escénicas y símbolo de un pasado que va a servir tanto a los intereses de los promotores turísticos como a los nuevos residentes en el estado. Los primeros jugaron con la naturaleza pintoresca de sus estructuras para atraer al turismo, mientras los segundos buscaron vincular la historia de California a la historia nacional más amplia de Estados Unidos (Vaughn, 2011). Entre los signos de este enfoque romántico destacamos la sustitución de los campos de cultivo por atractivos jardines plagados de fuentes y flores recorridos por frailes en actitud meditativa, y la desaparición de los monjeríos, que ahora se invisibilizan a pesar de haber constituido espacios significativos del sistema misionero franciscano (Fig.6).

²⁰ El gobierno mexicano de la Alta California tuvo lugar entre 1821 y 1846. La derrota mexicana ante Estados Unidos obligó a la cesión de California en 1848.



Figura.6. Franciscano meditando en el recinto misionero tras completarse la restauración de la misión (c. a. 1936). Imagen cedida por la Misión de La Purísima Concepción.

La política restauradora transformó la esencia de las antiguas misiones pero, en contrapartida, las dotó de un fuerte atractivo turístico en un momento de crecimiento económico y de desarrollo de la infraestructura de transporte que favoreció los viajes. Algunas, como Santa Bárbara, San Diego o San Carlos Borromeo, se convertirán en destinos de éxito y parada obligada en los itinerarios turísticos que se promocionan desde comienzos del siglo XX (Fig.7). Otras sirvieron como escenario de conocidas películas, como fue el caso de Misión Dolores y Misión San Juan Bautista, en donde Alfred Hitchcock rodó parte de *Vértigo* (1958), o La Purísima Concepción que fue sede para el rodaje de *Old Mission Days* (1941) y *Pirates of Monterey* (1947).



Figura 7. Portada de California's Mission Tour. Guía turística de las misiones de California, publicada por *The Automobile Club of Southern California*, en Los Angeles (abril de 1915).

El atractivo suscitado por el legado misionero tras las restauraciones ejerció también una fuerte influencia en la arquitectura contemporánea de Estados Unidos, al desencadenar la eclosión del *Mission style* o *Mission revival*, muy extendido entre 1890-1930, y contribuir al fortalecimiento del *Spanish Colonial Revival style* (Blumenson, 1981). Obras como el edificio California de Page Brown, presentado en la Exposición Mundial de Colombia de 1893, o el famoso hotel Mission Inn en Riverside, dan ejemplo de la consolidación alcanzada por este estilo particular (Gebhard, 1967, p. 133) que mantiene, todavía hoy, una influencia hegemónica en el paisaje vernáculo (Fu, 2012, p.151).

Todos estos antecedentes provocaron que, a partir de mediados del siglo XX, las viejas misiones se fuesen incorporando al Registro Nacional de Lugares Históricos (NRHP) y al Programa de Hitos Históricos Nacionales (NHL), circunstancia que supuso el reconocimiento oficial de su valor histórico-artístico y dio inicio a una nueva etapa en la cual disfrutaban del honor de ser los monumentos más visitados del estado. En la actualidad, todas están catalogadas como Monumentos Históricos de California, ocho de ellas han sido designadas Lugares Históricos Nacionales (San Carlos Borromeo, La Purísima Concepción, Santa Inés, San Diego, San Juan Bautista, San Luís Rey, Santa Bárbara y San Miguel Arcángel) y cuatro forman parte de Parques Históricos Estatales (Santa Cruz, Sonoma, La Purísima Concepción y San Juan Bautista). Las veintiuna se insertan en la ruta histórico-turística conocida como Camino Real, señalizada con simbólicas campanas de hierro fundido.

Común a todas ellas es el alto nivel musealización y la protección legal, si bien, el modelo de gestión es independiente para cada misión e implica la existencia de estructuras organizativas propias que, en buena parte, se financian con donaciones. Algunas, como San Juan Capistrano o San José, están administradas por organizaciones privadas sin ánimo de lucro, mientras que otras, como San Rafael, Santa Inés o San Francisco, son operadas por las parroquias por medio de voluntarios. Las que forman parte de parques históricos estatales, cuentan con más recursos, personal propio y grupos de amigos afiliados. No obstante y, al margen del modelo de gestión aplicado, existen elementos coincidentes en todos los centros, como son la amplitud de horarios (mañana y tarde durante casi todos los días del año), el precio reducido de la entradas (entre 5 y 10 dólares) o el carácter de los espacios visitables, por lo general el museo, la iglesia, los jardines y el cementerio. La mayoría tienen también un centro de visitantes y tienda de regalos. En cuanto a la presencia en Internet, todas tienen página web en donde se promociona su imagen como un producto turístico-cultural-educativo, al estar enfocadas a posibles visitantes en su tiempo de ocio y a los estudiantes en su tiempo de formación. La organización, *California Missions Foundation* tiene también un papel destacado en la red, al difundir gran cantidad de información virtual actualizada de cada una de ellas (historia, actuaciones destacadas, publicaciones, fotografías y videos, congresos...). Las viejas misiones son también protagonistas en gran cantidad de blogs, al tiempo que páginas como Tripadvisor o Minube remiten a su grado de reputación online.

Por lo que respecta al proyecto museológico, comparten la idea de intentar mostrar la riqueza cultural y artística de las misiones, prestando atención a la función desempeñada y aludiendo al rol de las personas que aquí convivieron. Por su parte, la puesta en marcha del proyecto museográfico, verdadera herramienta de control cultural, supone el empleo de medios participativos que combinan las exposiciones con las visitas guiadas y las recreaciones históricas (*living history*). Las primeras

exhiben gran cantidad de objetos artísticos y de la vida cotidiana de frailes, soldados e indios que, en la mayor parte de los casos, aportan un aire pintoresco a estos lugares. Las segundas, realizadas por voluntarios con formación y por guías profesionales están dirigidas a diferentes tipos de público, entre los que destacan estudiantes y familias. Estas se recrean especialmente en tres puntos principales: en la iglesia y el museo, en donde están las piezas de mayor valor artístico (retablos, pinturas murales, ornamentos litúrgicos...); en el área privada de los frailes y de trabajo artesanal, en el caso de que se conserven; y en los jardines y el cementerio. En ocasiones, como trasfondo a estas visitas se utiliza la filosofía de la interpretación del patrimonio, bajo la pretensión de acercar el patrimonio al público por medio de un mensaje que hace de hilo conductor y que transmite al visitante algo más que una mera información. Atendiendo a la difusión del mensaje, se observa cómo en la mayoría prevalece un discurso orientado a transmitir una conciencia de lo que fueron estos lugares y, si bien este discurso refleja claramente la diferente condición de indios y religiosos, no acostumbra a ser tan explícito a la hora de plasmar con decisión la situación de inferioridad de los primeros frente a frailes y soldados, o el papel que tuvieron las indias. Por su parte, percibimos cómo, dentro del conjunto de centros, los parques históricos ofrecen visiones menos neutras que, a su vez, complementan con una mayor variedad de actividades. La Misión de la Purísima Concepción constituye un ejemplo de buena gestión en este sentido, al haber puesto en marcha diferentes recursos interpretativos como pueden ser las visitas orientadas al público infantil canalizadas a través de los ojos de una niña, o la realización de diferentes talleres, demostraciones y recreaciones que traspasan el límite del mero entretenimiento haciendo partícipe al visitante en la experiencia de la misión.

Las visitas generales que ofrecen todas las misiones orientadas a un público general o especializado se combinan con las orientadas a estudiantes de cuarto grado de la escuela primaria impulsadas por el sistema de educación pública del estado de California, cuyos responsables han presionado a los condados para que trabajen en una interpretación multivocal de su pasado teniendo en cuenta el impacto del colonialismo sobre los pueblos nativos (Gutfreund, 2010). Un planteamiento que tuvo su origen en las décadas de 1960 y 1970, cuando activistas nativos americanos y chicanos se rebelaron contra la interpretación romántica de la etapa colonial española que se enseñaba en las escuelas de California, y que presentaba a las misiones como santuarios idílicos tanto para los religiosos como para los indios (Gutfreund, 2010, p. 163)²¹. Recientemente y, con objeto de ofrecer una visión más imparcial y más incluyente de la historia, los educadores han promovido un cambio de postura que se ha materializado en la redacción de un nuevo plan de estudios “que contempla tanto las narrativas de fantasía como de victimización y anima a los estudiantes a interpretar el pasado por sí mismos” (Gutfreund, 2010, p. 163). Como medida de soporte a dicho plan, el Centro Nacional de Historia en las Escuelas de la UCLA (NCHS) publicó en 2006 un documento titulado “Nuevas perspectivas sobre las misiones de California”, intentando potenciar que los alumnos de cuarto grado asuman el papel de historiadores y exploren de manera crítica la visión romántica del período misionero (Gutfreund, 2010, p. 162).

²¹ Sus demandas se vieron reforzadas en 1965 por la *American Indian Historical Society* que manifestó públicamente su protesta e indignación hacia el contenido de los libros de texto de historia de California.

En función de estos avances, hoy los libros de historia de California brindan múltiples perspectivas, que son explicadas por los maestros en el marco de la clase y que se complementan con las visitas realizadas a las misiones próximas, en donde los alumnos tienen oportunidad de establecer un contacto más directo con la historia, con la arquitectura misionera y con los restos materiales que conservan²². El análisis de los programas didácticos indica cómo todas las misiones coinciden en no poner en entredicho la buena imagen de los frailes y en que no son muy explícitas a la hora de describir los métodos utilizados para alcanzar sus objetivos (Vaughn, 2011, pp.156). No obstante, sí se aprecian diferencias en el mensaje interpretativo a la hora de hacer una valoración general del período colonial. Un ejemplo lo tenemos en la orientación del discurso de las misiones de San Luis Rey y San Juan Capistrano. La primera ofrece una narrativa histórica que enfatiza los elementos religiosos del sitio y minimiza las contribuciones de los nativos americanos, mientras que la segunda presenta una historia más completa respecto al papel desempeñado por los neófitos en el contexto del trabajo en la misión (Vaughn, 2011, p.164).

En todas las misiones existe un equipo formado por personal propio, por lo general apoyado por voluntarios, que se encarga de preparar estas visitas y de programar eventos, ocupándose tanto de cuestiones administrativas como de la confección del material didáctico y formación de los guías. Entendemos que esto es especialmente importante en el caso de las visitas orientadas a los estudiantes americanos, pues no nos cabe duda de que el aprendizaje y comprensión de su pasado en un marco de imparcialidad y sentido crítico influirá positivamente en su futuro.

6. Conclusiones

El proyecto misionero respondió a un plan complejo y ambicioso que fue consensuado por militares y religiosos en el contexto de la colonización de Alta California. Estos se sirvieron de la arquitectura para tener a los indígenas bajo control y regular todos los aspectos de su vida (religión, educación, trabajo, sexualidad y política), adecuándolos a sus intereses. La arquitectura misionera, cuyo lenguaje destacó por la sencillez y claridad formal, fue utilizada por los españoles como una eficaz herramienta que dio cobertura a las nuevas funciones religiosas, productivas, domésticas y residenciales a través de la creación de espacios multifuncionales. La iglesia, los talleres de manufacturas y, especialmente, los habitáculos de residencia y confinamiento de los neófitos, como rancherías o monjeríos, se convirtieron en lugares especiales que confirieron identidad a estas misiones, toda vez que las diferencian de sus predecesoras en la Sierra Gorda, Nuevo México o Baja California. Asimismo, las dependencias marcaron prioridades y jerarquías en el uso del espacio, existiendo una gran diferencia entre las zonas destinadas a los religiosos y a los indios. Del mismo modo, se percibe una priorización del uso del espacio interior frente al exterior, más acorde con la tradición arquitectónica europea.

Estos conjuntos, que en cierta manera recuerdan a las grandes haciendas agrícolas, experimentaron una gran expansión y un crecimiento orgánico a medida que prosperaron económicamente. Una tendencia que se mantuvo hasta 1833, año en que

²² Estas salidas de campo son financiadas por los propios centros educativos o por asociaciones próximas a las misiones como *California Missions Foundation*.

se decretó su secularización y, en consecuencia, fueron abandonadas. Tal situación provocó un progresivo deterioro de sus fábricas que ya no revierte hasta que, a finales del siglo XIX, se promueven las primeras restauraciones. Las intervenciones programadas desde entonces convirtieron a las antiguas misiones en contenedores de nuevas funciones, básicamente culturales y turísticas, cuyo atractivo contribuyó a la eclosión del *Mission Style*. La información recogida en las guías de viaje y la gran cantidad de pinturas y fotografías que las retrataron en este momento, constituyen la mejor prueba del interés que suscitaron en el impás en que reorientaron su uso y comenzaron una nueva andadura turística.

Poco a poco y a partir de este primer impulso, las misiones se han ido musealizando y protegiendo legalmente hasta acabar convertidas en espacios visitables frecuentadas por un elevado número de personas y, más recientemente, también por estudiantes californianos que pretenden acercarse al pasado colonizador, cada vez más marcado por la polémica de la discriminación hacia la población indígena. Los modelos de gestión actuales no están interesados en avivar este debate y su prioridad se centra en diseñar programas didácticos y actividades de interpretación del patrimonio que garanticen una mayor comprensión del patrimonio misionero, pero sin profundizar en exceso en la problemática colonizadora. Ante este panorama y teniendo en cuenta que las misiones constituyen un legado singular que, a la vez, es el más antiguo del estado, entendemos que el futuro ha de orientarse a presentar estos monumentos como parte de un paisaje cultural global en donde los visitantes puedan compartir sus complejas historias desde múltiples puntos de vista, pero sin dejar de lado el valor de la arquitectura. Con el avance de esta investigación hemos comprobado su papel protagonista en el contexto de la colonización y las posibilidades que, hoy todavía ofrece, para interpretar esta compleja narrativa histórica.

Referencias

- Bernabéu-Albert, S. y Ortega-Soto, M. (2011). Indios y franciscanos en la construcción de la Alta California. En: *Actas de las Jornadas de Historia sobre el Descubrimiento de América. Jornadas IV, V y VI (2008, 2009 y 2010)*. Sevilla: Universidad Internacional de Andalucía.
- Bargellini, C. (2013). El arte de las misiones del norte de la Nueva España. *História-Historias*, 1 (2), 123-166.
- Blumenson, J.G. (1981). *Identifying American Architecture. A Pictorial Guide to Styles and Terms, 1600-1945*. W.W. Norton & Company.
- Bouvier, V.M. (2001). *Women and the Conquest of California, 1542-1840: Codes of Silence*. The University of Arizona Press.
- Cook, S. F. (1976). *The Conflict between the California Indians and White Civilization*. University of California Press.
- Cortijo- Ocaña, A., Cortijo-Ocaña, A. y Spencer-Rodgers, J. (1999). La Alta California en el siglo XVIII mediante algunos documentos inéditos. *Historia Mexicana*, 49 (1), 137-160.
- Crespí, J. (2001). *A Description of Distant Roads: Original Journals of the First Expedition in to California, 1769 -1770*. San Diego State University Press.
- Crosby, H. W. (1994). *Antigua California. Mission and Colony on the Peninsular Frontier, 1697-1768*. University of New Mexico Press.

- Del Río, I. (1974). Población y misiones de Baja California en 1772. Un informe de fray Juan Ramos de Lora. *Estudios de Historia Novohispana*, 5(5). DOI: <http://dx.doi.org/10.22201/iih.24486922e.1974.005.3245>.
- Engelhardt, Z. (1929). *The Missions and Missionaries of California*. Santa Barbara Mission.
- Espinosa-Spínola, G. (2011). El proceso de evangelización en Nueva España. Elementos básicos de la religiosidad en Baja California. En M.A. Sorroche Cuerva (ed.), *El patrimonio cultural en las misiones de Baja California. Estado de la cuestión y perspectivas de futuro* (pp. 80-112). Atrio.
- Ettinger, C. R. (2002). Aculturación y arquitectura. Los espacios de habitación para las mujeres en las misiones de Alta California. *Géneros*, 28, 86-92.
- Ettinger, C. R. (2003). Architecture as Order in the California Missions. *Southern California Quarterly*, 85 (1), 1-12. DOI:10.2307/41172146.
- Ettinger, C. R. (2007). Images of Order, Descriptions of Domestic Architecture in Mission era California. *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 91, 155-182.
- Ettinger, C. R. (2009). De claustro a cuadro grande. Los espacios abiertos y sus usos en los conjuntos misionales de la Alta California. *Boletín de Monumentos Históricos*, 17, 124-143.
- Ettinger, C.R. (2010). Una nueva domesticidad. Los indígenas de la Alta California y la vivienda misional. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos, Debates*. [En línea], Puesto en línea el 05 enero 2010. URL: <http://nuevomundo.revues.org/index58264.html>. DOI : <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.58264>.
- Fu, A. S. (2012). Materializing Spanish-Colonial Revival Architecture. *Home Cultures*, 9 (2), 6149-171. DOI: 10.2752/175174212X13325123562223.
- Garcés, F. (1996). *Diario de Exploraciones en Arizona y California (1775-1776)*. Málaga: Algazara.
- Gebhard, D. (1967). The Spanish Colonial Revival in Southern California (1895-1930). *Journal of the Society of Architectural Historians*, 26, 131-147. DOI:10.2307/988417.
- Geiger, M. (1969). *Franciscan Missionaries in Hispanic California, 1769-1848: A Biographical Dictionary*. The Huntington Library.
- Gordon-Holway, M. (1922). *The art of the old world in New Spain, and the mission days of Alta California*. San Francisco: A.M. Robertson.
- Guest, F. (1978). Mission Colonization and Political Control in Spanish California. *Journal of San Diego History*, 24 (1), 97-116.
- Gutfreund, Z. (2010). Standing Up to Sugar Cubes: The Contest over Ethnic Identity in California's Fourth-Grade Mission Curriculum. *Southern California Quarterly*, 92 (2), 161-197. DOI: <https://doi.org/10.2307/41172518>.
- Gutiérrez-Viñuales, R. (2016). Identidades españolas en América a través del arte y la arquitectura. Escenarios de entresiglos (1890-1930) y prolongaciones en el tiempo. *Historia y Política*, 36, 191-210. DOI: <https://doi.org/10.18042/hp.36.08>.
- Hackel, S.W. (2005). *Children of Coyote, Missionaries of Saint Francis: Indian-Spanish Relations in Colonial California, 1769- 1850*. University of North Carolina Press.
- Hannaford, D.R. & Revel, E. (1931). *Spanish Colonial or adobe Architecture of California. 1800-1850*. Architectural Book Publishing Company.
- Heizer, R. (ed.) (1968). *The Indians of Los Angeles County; Hugo Reid's Letters of 1852*. The Southwest Museum.
- Hurtado, A. L. (1999). *Intimate Frontiers; sex, gender and culture in old California*. University of New Mexico Press.

- Jackson, R. (1991). La colonización de la Alta California: Un análisis del desarrollo de dos comunidades misionales. *Historia Mexicana*, 41(1), 83-110.
- Jackson R.H. & Castillo, E. (1995). *Indians, Franciscans, and Spanish Colonization: The Impact of the Mission System on California Indians*. University of New Mexico Press.
- Kennedy, R.G. (1993). *Mission: The History and Architecture of the Missions of North America*. Houghton Mifflin Company.
- Kimbro E. E., Costello J. G. & Ball, T. (2009). *The California missions: history, art, and preservation*. Getty Conservation Institute.
- Kryder-Reid, E. (2016). In *California Mission Landscapes: Race, Memory, and the Politics of Heritage*. University of Minnesota Press.
- Lasuén, F. de (1965). *Writings of Fermín Francisco de Lasuén*. Washington DC: Academy of American Franciscan History.
- Lightfoot, K. (2005). *Indians, Missionaries, and Merchants. The Legacy of Colonial Encounters on the California Frontiers*. Berkeley. University of California Press.
- López-Guzmán, R. (2007). *Territorio, poblamiento y arquitectura. México en las Relaciones Geográficas de Felipe II*. Atrio.
- Lucido, J. (2017). California Mission Landscapes: Race, Memory, and the Politics of Heritage. *Architecture, Landscape, and American Culture Series*. By Elizabeth Kryder-Reid. *Western Historical Quarterly* (Oxford) 48, 459-460.
- Montané-Martí, J. C. (ed.) (2000). *Fray Pedro Font Diario Íntimo y Diario de Fray Tomás Eixarch*. Plaza y Valdés Editores.
- Newcomb, R. G. (1925). *The old mission churches and historic houses of California; their history, architecture, art and lore*. J.B. Lippincott Co.
- Newcomb, R. G. (1927). *The Spanish House for America*. J.B. Lippincott Co.
- Newcomb, R. G. (1937). *Spanish-colonial Architecture in the United States*. J.J. Augustin.
- Newcomb, R. G. (2018). *The Franciscan Mission Architecture of Alta California*. Kalam.
- Palou, F., Zúñiga y Ontiveros, F. de. (1787). *Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del venerable padre fray Junípero Serra y de las misiones que fundó en la California septentrional, y nuevos establecimientos de Monterrey*. Imprenta de don Felipe de Zúñiga y Ontiveros.
- Palou, F. (1988). *Junípero Serra y las misiones de California [1787]*. Historia 16.
- Palou, F. (2018). *Relación histórica de la vida del venerable padre Fray Junípero Serra*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc0923705>
- Piñera-Ramírez, D. y Bejarano-Suárez, A. S. (2011). Expresiones arquitectónicas compartidas en la frontera de Baja California y California. *Culturales*, 7 (14), 59-184.
- Ortega-Soto, M. (2009). Breve descripción del sistema misional de Alta California 1769-1845. *Iztapalapa, Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 67, 199-223.
- Ratto, C. (2019). *Arte, retórica visual y estrategias de evangelización en las misiones franciscanas de la Sierra Gorda. Siglo XVIII*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Rex-Galindo, D. (2007). Franciscanos e indios en la Alta California española, 1769-1822. *Espacio, Tiempo y Forma*, 20, 157-170.
- Sandos, J.A. (2004). *Converting California: Indians and Franciscans in the Missions*. Yale University Press.
- Sobrequés-Callicó, J. (2010). *Orígenes hispanos de California. De la expedición de Pórtola a la independencia de México*. Base.

- Vaughn, Ch. (2011). Locating Absence: The Forgotten Presence of Monjeríos in Alta California Missions. *Southern California Quarterly*, 93 (2), 141-174. DOI:10.2307/41172570
- Vela-Cossío, F. (2018). La arquitectura de las misiones franciscanas de Alta California. En: R. G. Newcomb *The Franciscan Mission Architecture of Alta California*. Kalam.
- Webb, E. (1958). *Indian Life at the Old Missions*. Los Angeles: Warren F. Lewis Publishers.
- Woods, M. (2019). Book Review: California Mission Landscapes: Race, Memory, and the Politics of Heritage. *Social & Cultural Geography*, 20 (2), 275-276. DOI: 10.1080/14649365.2019.1533695.